

ANGEL TOMÁS DEL OSO  
MAESTRO

# LA GRAN LIBERTADORA

(EL CAUTIVO DE PERONIEL)

LEYENDA

LIRICO-RELIGIOSA DE LA PROVINCIA DE SORIA



EDITORIAL URBION, S. A.

1936

SS

8-49

B.P. de Soria



61047868

SS 860-1 TOM gra

SS  
860-1  
TOM  
gra



R. 4.294

S. S.

1-1

ANGEL TOMAS DEL OSO \* MAESTRO

---

# LA GRAN LIBERTADORA

(EL CAUTIVO DE PERONIEL)

LEYENDA LIRICO-RELIGIOSA  
DE LA PROVINCIA DE SORIA



1936

EDITORIAL URBION, S. A.

SORIA





---

---

MADRE:

¿Verdad que sabes por qué te  
dedico este mi primer libro?

Quiero que tu nombre vaya  
unido al mío. Acepta este sencil-  
lo homenaje de tu hijo

ANGEL

---

---





# LA GRAN LIBERTADORA

---

ES PROPIEDAD  
DEL AUTOR

---

I

*Huérfano...*

El sol se baja a lo lejos  
en un cielo de escarlata,  
y las nubes de granate  
con sus celajes le tapan.

La noche, por Cardejón,  
viene cerrando sus alas,  
con las que quiere envolver  
los cerros y la explanada.

Los últimos pajarillos  
rezagados, en manada,  
tienden su rápido vuelo  
sobre campos y cerradas;  
pasan montes, pasan ríos,  
y sus cánticos desgranán.

No dibujan las cigüeñas  
su elegancia, siluetada,  
en el pico de la torre,  
encima de las campanas.

Los pastores, ya cantando,  
al lado de las majadas,  
ven retozar al cabrito  
y el recental amamantan.

Los gañanes abandonan  
las piezas de su labranza;  
midiendo los senderillos  
con sus pies, vuelven a casa.

Y todo el mundo recoge  
cuanto en el campo quedara,  
que la región no es segura;  
está en tiempo de campaña.

Recorta en el horizonte  
su silueta de batalla  
un castillo con su torre  
de blanca piedra labrada,  
que está retando orgulloso  
por si quisieran tomarla,  
que viniesen a prenderla  
pagando su sangre cara.

Robustas, como de piedra,  
le rodean sus murallas  
y, como bronce, le forman  
la gigantesca coraza  
que el campo en torno vigila  
con las crestas almenadas.

Almenas de piedra y sangre  
cuando la tarde se marcha  
y el sol, desde el horizonte,  
con sus destellos les baña.

Le rodea un grande foso,  
de profundo unas tres varas,  
como nueve o diez de ancho  
y bien repleto de agua.

El recinto está privado  
que rodea la muralla,  
y en él ninguno penetra  
si por los puentes no salta;  
y saltarlos es difícil,  
pues que armados hacen guardia  
numerosos centinelas  
empuñando sendas lanzas.

En las cuatro esquinas tiene,  
por no verlas violentadas,  
otros tantos cubos fuertes  
que guarnecen sus entradas.

Por troneras y postigos,  
por almenas y atalaya,  
el castillo está seguro  
de la enemiga canalla.

Austero, como Castilla;  
valiente como en batalla;  
encima del torreón  
la cruz campea bien alta.

La cruz, emblema de Cristo;  
la cruz, enseña sagrada;  
la cruz, sublime estandarte  
que impulsa gestas y hazañas.

Por la senda de un camino,  
entre breñas, se delata  
la figura de un corcel  
que, bien dominado, avanza  
no menos que si del viento  
fuera puesto en propias alas.

Raudo sigue por el campo  
cual si a tierra no tocara,  
y lo envuelve opaca nube  
que, rasgando, vence y salta.

Por veredas y senderos,  
a las gentes se adelanta,  
y, de frente, ante la puerta  
del castillo, en firme para.

De la puerta vieja suena  
el vetusto són de aldabas,  
y retumba una trompeta  
que parece ser de plata.

Y, por fin, las anchas puertas  
al jinete paso daban  
que penetra, sorprendido  
por la punta de una lanza.

—¿Quién vive?

—De Peroniel;  
mensajero soy de casa  
del señor Pedro Martínez,  
que al marqués hablar me manda  
con urgencia.

—El mensajero  
puede pasar.

Y la lanza

Ascendió su punta en alto;  
en el suelo resonaba  
firme golpe que, en las naves,  
gravemente retumbaba.

Sentado en rico sillón  
guarnecido, de madera  
de nogal con cresterías  
y ancho escudo que platea;  
en el centro de amplia sala  
de rojos muros de piedra  
está el señor de Almenar  
que es el dueño de esta tierra.

De filigrana un brasero  
el grande salón caldea,  
y acaricia un gran mastín  
el señor; tiene a su diestra  
un estante con mil libros  
que, de lejos, él trajera  
cuando, joven, visitaba  
las naciones extranjeras  
y formaba con ahinco  
su privada Biblioteca.

Unos cuadros en los muros,  
de las mejores paletas  
las obras afortunadas,  
sus antiguos representan.

Está ufano de sus armas  
y, orgulloso, las ostenta  
en el frente del salón  
con bordados de oro y seda  
sobre fondo de granate  
donde el brillo reverbera.

Muestra pesada cortina  
de terciopelo la puerta,

y un lacayo de uniforme:

— Señor, dice, con urgencia desde Peroniel os llaman. Dicen que hablaros desea el leal Pero Martínez <sup>(1)</sup> que administra vuestra hacienda. Aquí está su mensajero esperándoos a la puerta.

— Que pase, pues, adelante el mensajero que venga.

Y, espantado de esplendor, el doncel salva la puerta y en la regia habitación del marqués turbado entra.

— Señor, ya la enfermedad que a la muerte aprisa lleva a quien vos tanto estimáis a su fin tocando llega.

Muere ya Pedro Martínez y, de vos, sólo desea, si aceptable lo creéis, que acudáis donde os espera: en el lecho del dolor y en la triste hora postrera, lo que deja en este mundo a vos sólo lo encomienda. Así me dijo llorando, y, al momento, que partiera me indicó.

— ¡La juventud



de don Pedro! ¡Quién creyera  
que la muerte tan temprano  
lo arrancara de la tierra!

¡Disponed pronto el viaje!  
al lacayo presto ordena;  
preparad nuestros abrigos  
y enjaezad la blanca yegua.

Una niña de ojos negros;

—Papa, dice, ¿sales fuera?

—Sí, querida, pero tu  
debes quedar con Jimena;  
esta tarde no vendrás.

Dame un beso, picaruela.

A la niña le besó

y bajó por la escalera.



II

Embozados fuertemente  
por los prados a traviesa,  
van directos a la villa  
de Peroniel, por la senda...

Emsombrece ya la noche,  
entre opacas nubes negras,  
las almenas del castillo  
y la torre de la iglesia.

Peroniel, oculto en sombras  
se divisa en torno de ella,  
y un farol a una ventana  
de una casa que está abierta  
les anuncia de don Pedro  
la mansión pobre y modesta.  
Hacia ella se dirigen  
y se apean a la puerta.

Una gruesa mujerona  
en la calle les espera,  
y el marqués donde agoniza  
el moribundo penetra.

En la cama está tendido  
con la cara descubierta;  
familiares ya lejanos,  
pero amigos, le rodean,  
y, en la alfombra de la sala,  
un pequeño juguetea,

que es ajeno a cuanto pronto  
puede ser que le suceda.

Es ya huérfano; su madre  
la perdió cuando naciera,  
y su padre, ¡pobrecillo!  
pronto puede que le pierda.

\* \* \*

Una lánguida mirada  
lanza Pedro cuando entra  
la figura del marqués,  
que al enfermo el brazo echa.

—¿Cuál, don Pedro, os encon-  
[tráis?

—Ya, señor, la muerte llega.

—Sois aún joven; no perdáis  
la esperanza, que perderla...

Pero prende al moribundo  
la congoja que le acecha;  
ya la muerte, de la vida  
en la lucha se apodera.

Los cabellos se le crispan,  
la mirada se le aleja,  
se acardena el blanco rostro  
y los miembros se le atiesan.

Más, de pronto, abre de nuevo  
los ojos, y parpadea  
fuertemente semeando  
que una luz le sorprendiera.



— ¡Ah señor!, yo ya me muero;  
 nada en el mundo me queda;  
 sólo el niño — ¡hijito mío! —  
 Mirad, señor, como sea,  
 que la pobre criatura  
 del que os sirvió no se vea  
 sin amparo en este mundo.  
 A lo menos, ya lo espera  
 este pobre moribundo  
 de vuestra magna largueza.

Y, volviéndose en la almohada,  
 levantando la cabeza,  
 dió un suspiro y expiró.

— ¡Cuánto siento la promesa  
 firme al muerto no haber dado  
 de cumplir lo que pidiera!  
 ¡Mas la muerte lo impidió!

Abajándose, la yerta  
 mano del muerto cogió  
 y, enternecido, la besa.

— Pues que vivo no lo oíste,  
 óyelo ya muerto: ¡Queda  
 Manolito so mi amparo  
 como tu lo dispusieras!

Vete a la tumba tranquilo...  
 Y otra vez la mano besa,  
 y una lágrima que cae  
 en la sábana se estrella...

.....  
 .....

III

*Amor...*

La luna rasgando el velo  
del firmamento azulado,  
con su luz amarillenta  
la baja tierra alumbrando;  
las estrellas de diamante  
cabe los cielos brillando  
puntos semejan de plata  
que van la luna escoltando.

Ni una nube vaporosa  
suspendida en el espacio  
enturbia la clara vista  
de los cielos estrellados.

Sopla el céfiro al castillo  
las banderas ondeando,  
y la cruz, gloriosa, enhiesta  
de las torres en lo alto.

No retumban las campanas  
a santa oración llamando,  
ni los pájaros revuelan  
por los árboles cantando.

Las flores oculta el cáliz  
entre el heno de los prados,

y no canta el labrador  
atronando los espacios.

Los árboles de la huerta,  
por el viento no azotados,  
ya no gimen por las hojas  
sordamente murmurando.

Un arroyuelo se esconde,  
verde césped horadando,  
y, filtrándose entre piedras,  
por el suelo va rodando,  
y las huertas del castillo  
lentamente va regando,  
a la vez que las almenas  
va en sus ondas retratando.

Duerme tranquilo Almenar,  
en justo sueño gozando,  
que la Virgen de la Llana  
desde la ermita, velando,  
con tierna mirada guarda  
el pueblo, el castillo, el campo,  
que a todos alcanza el suyo  
de misericordia manto.

Plateado por la luna,  
las murallas rodeando.  
canta un apuesto mancebo,  
trovas de amor entonando.

La espada colgada al cinto.  
el sombrero ladeado  
hasta tocar la gorguera,  
al descubierto dejando

una hermosa cabellera,  
que se asoma por los lados.

Rico manto azul recubre,  
por sus espaldas colgando,  
calzón y casaca verde  
de fino tisú bordados.

Se recuesta en una roca  
y aprisiona con sus manos  
un laúd con finas borlas,  
y las cuerdas va templando.

Se yergue bravo, arrogante;  
por un momento agitado,  
el aire que, de la huerta,  
con aromas perfumados  
de tomillo y de romero,  
el castillo va escalando,  
parece querer llevar  
a su pecho más encantos.

Suena en la noche el laúd  
las finas cuerdas vibrando,  
y el mancebo canta alegre  
el acorde acompañando:

«Vivo, Blanca mía,  
y sólo por tí...

Vivo, Blanca mía,  
sólo para tí...

Sin tu amor, mi vida,  
no puedo vivir...

Vivo, Blanca mía  
sólo para tí...»

¿Por qué no sales, mi amor?  
suspiraba sollozando.

¿Por qué no sales, mi amor,  
al oír mi dulce canto?

.....  
.....

Allá arriba suena un golpe  
de un chasquido acompañado,  
y, detrás de fuerte reja,  
asoma un severo anciano.

Luenga barba blanca lleva;  
el bigote también albo  
y, coronando la frente,  
mechones de pelo blanco.

Asombrado ante el paisaje,  
por el céfiro azotado  
atiende, escucha las trovas  
que canta el enamorado  
desde la roca cercana  
al castillo amurallado,  
y, más tarde, por la ronda  
del castillo, siente el paso  
lento, dulce, de una dama  
que camina acompasado.

La mano puesta en la frente  
cual pantalla, amortiguando  
el resplandor de la luna  
y, los ojos entornando,  
se mesa la larga barba;  
el gesto retuerce airado.



¡Es Blanca, su bella hija,  
que, vigilancia burlando,  
se atreve a aceptar canciones  
que entona un amor villano!

¡Es Manuel aquél que allá,  
de las murallas abajo,  
cantos de amor a su hija  
venir a cantar ha osado!

¡A la hija de un magnate,  
leyes de sangre pisando,  
que son leyes del honor,  
y separan al villano  
de la casa del señor!

—Si a mi sombra se ha criado,  
ello fué porque su padre  
lo dejaba abandonado  
al morir; mas de mi hija  
renuncie presto a la mano...

Sangre azul y sangre roja  
no pueden nunca, juntando  
las gestas caballerosas  
con los afanes villanos,  
en impúdico conjunto  
darse eternas un abrazo.

Además, muerta la madre  
de mi hija, su cuidado  
sólo a mí me corresponde  
por los cielos encargado.

Y avanzando lentamente  
por el corredor andando,

desciende por la escalera  
y despierta a su criado.

—Abre, le dice el señor,  
la puerta pronto.

¿Qué santo  
se le aparece a este hombre?  
decía Pascual, callando.

—Abre de prisa, Pascual.

—Sin duda estáis delirando.

Y levantando aldabejas,  
y las llaves desechando,  
la puerta por fin se abre  
sobre el gozne rechinando.



IV

*Y se deshace el idilio...*

A la luz de blanca luna,  
y en el medio un enrejado,  
entre el fuego del amor  
que cuando es puro no es malo,  
Manuel y Blanca se gozan  
con fervor inusitado.

Son felices; nada puede  
de su sueño despertarlos.

Sueño de amor es al fin;  
por nada será turbado.

--¿Quién parecido a nosotros?  
En el mundo enamorados,  
con pasión nunca imitada  
de pequeños nos amamos.

Como pájaros de un nido,  
como las ramas de un palo  
que tienen un mismo tronco;  
fuimos siempre como hermanos.

Eran los días felices  
de nuestros primeros años,  
cuando nuestras manecitas  
apenas poder juntarnos

nos enseñaban amor;  
pero amor puro, amor casto.

¿Te acuerdas tú, Blanca mía?  
¿Te acuerdas tú de aquel prado?

¡Cuántas veces allí juntos,  
entre flores merendamos!

¡Oh! Si tu amor me faltara  
alguna vez... ¡Soy villano!

¡Oh, Manuel! Tú que fuiste  
en mi castillo criado

sabes sin lugar a dudas  
lo de veras que te amo.

—Si alguna vez...

—No me olvides

—Si de olvidarte no hablo...

Mas si el acaso en su furia  
pretendiera separarnos...

—¡Ni pensar tal desvarío!

¡Nadie pretenda arrancarnos  
nuestro afecto!...

—Pero acaso...

¡Ni la muerte con su gúmia  
puede impedir el amarnos!

No es verdad esto, Manuel?

—Mira que mi sangre...

—¡Vano!

Son prejuicios de la gente  
de ruín corazón y bajo  
instinto. Tú tienes sangre  
tan noble como el palacio

de mi padre albergar puede.  
Tu eres noble, no villano;  
que villano es el que tiene  
el corazón depravado,  
sangre malvada, aunque viva  
en alcázar cortesano,  
y, entre esplendores, se vea  
de riquezas rodeado.

—¿Qué le importan a mi padre  
los trofeos conquistados,  
las banderas, los pendones  
en bravas lides ganados,  
si el corazón no responde  
a su riqueza con alto  
sentimiento de su honor?  
¡Mejor fuera abandonarlos!

Por eso yo, ídolo mío,  
ante el amor ya jurado  
una y mil veces, te digo:  
¡Nadie podrá separarnos!  
—Sin escudos...

—No hacen falta.

¡Basta corazón cristiano!  
Y a través de fuerte reja  
vivamente se miraron.

El señor desde la torre  
en que se estaba asomando  
sin contener ya su furia  
ante semejante cuadro,  
a voces gritó: Ya basta,

ya se acabó tanto engaño...  
—Sube tú, inocente Blanca.  
Sube deprisa, villano.

Hendiendo la voz el aire  
como saeta, cual rayo  
que se desploma bajó  
hasta el grupo enamorado.

Y, levantando los dos,  
su triste suerte llorando  
van subiendo la escalera...  
obedientes al mandato.

El peso de furia loca  
de aquel magnate enconado  
apenas soportar pueden  
y, mirándose, lloraron.

—Tú, Manuel, rugió el señor,  
en mi casa cobijado,  
antes de la madrugada  
en cien leguas alejado  
has de estar. Y tú, mi Blanca,  
—¡mi pecho has atravesado  
con duro puñal de acero,  
pues, mi cariño burlando,  
te atreviste a amar a ese,  
y hasta, mi nombre pisando,  
dejaste caer tu cuerpo  
en esos villanos brazos!—  
has de sufrir el castigo  
de tamaños desacatos.  
Un cilicio en viva carne,

y un tosco sayal de paño  
habrán de ser tu vestido  
hasta que me hayas pagado  
mi cariño con tu amor,  
y, a questa mancha borrando,  
a caballero de alcurnia  
hayas tu diestra otorgado,

Esto dijo aquel señor  
más que con furia, bramando,  
y nadie contestó allí  
de otro modo que callando.



## V

*Solo marchando...*

Ya la luna se ha ocultado  
trás los montes; sopla el viento  
con más ímpetu que nunca,  
y, las colinas lamiendo,  
contempla al triste Manuel  
de su castillo saliendo.

—¿Porqué fuiste tan cruel,  
fortuna, para conmigo?  
¿Por qué aqueste paso infiel  
has dado? ¡Duro castigo  
para el amor el desdén!  
¡El marqués ya no es mi amigo!

Ya de su casa y hacienda  
me desecha, despreciado,  
sin que otro delito entienda  
que el haberme Blanca amado.  
¡Y no tener quien defienda  
este honor vilipendiado!

Y volviendo atrás la vista  
en el pálido horizonte  
de la aurora, se veía  
una mancha gris oscura;



es la silueta sombría  
del castillo; en la verdura  
de los prados y del valle,  
una campana de plata  
con voz que del alto sale  
de la ermita, toca al alba,  
y Manuel reza la salve  
a la Virgen de la Llana.

En la orilla del camino,  
trás la hierba, duerme oculta  
la triguera, y, al ruido  
de los pasos salta brusca,  
abandona el seco nido  
y se escapa pompolluda.

Se desprenden de las ramas  
secas hojas amarillas  
y, abajadas a la grama:  
Así, gritan, es la vida.  
Una rueda que se engrana;  
hoy abajo, ayer arriba...

Una brisa mañanera  
del otoño va extendiendo  
su dominio; entre las secas  
ramas, que ya están cediendo,  
sus adornos, sopla entera  
y, sus ansias conteniendo,  
marcha adelante Manuel.  
Entre tanto sube el sol...  
El sol del castillo ayer...

—Adios, Blanca, suspiraba

sollozando; mas volviendo  
atrás la vista contemplaba  
el castillo polvoriento:  
¡es la casa de su amada!

De sus éxtasis volvió;  
El canto de algún pastor  
de su sueño le sacó.  
¡Oh, qué bien se suele estar  
cuando se sueña en amor!  
No debiera el despertar...

Otra vez el viento azota  
sus mejillas, en el rostro  
demacrado ya se nota  
como de llanto copioso  
la huella; vida rota,  
ayer porvenir dichoso...

— Si fuera mi negra estrella  
sucumbir en el combate  
de la vida, no quisiera  
otra cosa que aguantarme.  
Pero mi suerte no es esa  
si Blanca sigue en amarme,

No hubiera osado siquiera  
declarar mi amor a Blanca,  
si el amor que por mí siente  
que lo hiciera no indicara;  
mas la dicha está tan lejos  
que el amor solo no basta.

Sin rumbo fijo camina  
adelante, lleva puesta

la mirada en el futuro,  
y es su porvenir oscuro  
el dolor que le atormenta...

.....  
.....



## VI

*A suerte o a dicha...*

Por pendiente asaz violenta  
iba España descendiendo,  
y se hundía en el abismo,  
deshaciéndose su imperio.

Lo que fuera de Isabel  
y Fernando el caro sueño:  
la unidad de la nación,  
por los reyes inexpertos  
a quienes tuercen cortesanos  
y validos más ineptos,  
poco a poco su valor  
lentamente iba perdiendo,  
hasta verse el nombre santo  
de la Patria, por el suelo,  
ultrajado de las turbas,  
ofendido de los necios...

Al final del diecisiete <sup>(2)</sup>  
empuñaba el regio cetro  
de la España el rey don Carlos,  
de los Austrias el postrero.

El monarca desgraciado,  
débil alma y flaco cuerpo,

ya no puede en su flaqueza  
dominar tan grande reino.

Los reinantes de la Europa  
ambiciosos, avarientos,  
en la España moribunda  
a hacer presa se han dispuesto.

Los borbones, del rey sol  
quieren dar por rey al nieto,  
y con ello echar abajo  
los altivos Pirineos.

Austria trae al archiduque  
que será Carlos tercero,  
y presenta Portugal  
candidato al rey don Pedro.

Pero otorga el rey don Carlos  
el postrero testamento  
y la lucha se limita;  
mas aumentan los esfuerzos  
de los Austrias y Borbones  
que no cejan en su empeño.

A la muerte su tributo  
con la vida pagó presto,  
y empezaron las desdichas  
al quedar trono desierto.

Tristes fechas para España  
pues con sangre se escribieron!  
¡Y con sangre de sus hijos  
que corrió por nuestro suelo!...

Ya tres años nos separan  
de aquella noche de hielo,

que así fué para Manuel  
pues le separó del cielo.

Todavía se dibujan  
el castillo somnoliento  
en la mente de Manolo  
con carácter que es de fuego.

Ese tiempo transcurrido  
no ha podido entorpecerlo...  
El amor que tiene a Blanca  
ha ido creciendo, creciendo.

Cuando salió del castillo  
una aurora, macilento,  
caminaba a lentos pasos;  
el corazón aún más lento.

Sin saber donde camina,  
andando con rumbo incierto,  
paróse junto a un palacio  
por casualidad desierto.

Gruesos portones herrados  
con clavos en más de ciento;  
de hierro las fuertes rejas  
de los balcones abiertos.

Por las calles y las plazas  
de la ciudad, los mozuelos  
a grandes voces gritaban:  
¡Viva el rey Felipe el bueno!

El rey es Felipe quinto  
en trono de España puesto  
a la muerte del rey Carlos,  
segundo de nuestro reino.

Otras voces aún más fuertes  
rasgan el aire hasta el cielo  
que gritan: ¡Viva don Carlos!  
y, en el alboroto diestros,  
llegan al palacio y entran  
con ademanes violentos:  
más los centinelas salen  
y no pueden contenerlos.

Los que aplauden a Felipe  
del palacio se hacen dueños;  
los otros huyen gritando:  
¡Que viva Carlos tercero!

Aplausos que se suceden,  
de los patios en el centro  
y vivas que se repiten  
con entusiasmo y contento  
obligan al capitán  
que salga al balcón diciendo  
algo que frene al triunfante  
su soberbia conteniendo,  
algo que anime al vencido  
y le una al movimiento.

Exalta la gloria hispana,  
propugna el medio violento  
de entronizar a Felipe  
en el viejo trono ibero.

— Vosotros, bravos soldados,  
en la batalla soberbios  
luchadores habéis sido,  
combatiendo como buenos.



Habéis de estar siempre alerta  
y siempre al combate prestos,  
que luchar por don Felipe  
es luchar contra los fueros  
de las regiones que quieren,  
a la España dividiendo,  
governarse por sí solas,  
sin prestar acatamiento  
a la enseña de la Patria,  
ni a la unidad de su cetro.

Aún necesito soldados  
que sepan poner el pecho  
de bronce contra las balas.  
Y, metiéndose hacia dentro:  
¡Viva la España! gritó:  
¡Viva España! respondieron.

Y Manuel, que entre el tumulto,  
estaba del patio dentro,  
se enardeció de entusiasmo  
ante las frases de fuego.

Se inscribe de voluntario  
para luchar con denuedo  
por España, y terminar  
o con el triunfo, o muriendo.

Vencer o morir pretende,  
y lleva en el pensamiento  
la imagen de su adorada  
y, colocada en el pecho,  
una medalla chiquita  
que su padre, de pequeño,



le impuso; con devoción  
la invoca en cualquier aprieto,  
Tomó la espada en la mano,  
— ¡cómo brillaba el acero! —  
luchó en mil y mil batallas,  
siempre con fuerte denuedo.

Siempre fué de la victoria  
preferido, y el veneno  
de venganza no sintió.  
De la lid en el terreno  
siempre el honor militar  
le daba el mando supremo.

Por su arrojo y valentía  
de capitán nombramiento  
obtuvo, y mil distinciones  
en su persona cayeron.

¡Muchas batallas reñidas  
ruidoso triunfo obteniendo!  
Muchos honores y cruces!  
¡¡Pero un solo pensamiento!!



VII

*La última victoria...*

Todo pasó, como pasa  
la blanca nieve de invierno,  
como se pasa el verano,  
cual otoño ceniciento.

Todo pasó; está Manuel  
en la cumbre de apogeo  
de su gloria. Los senderos  
de su vida están de flores  
y de tapices cubiertos.

De su fama los prodigios  
en los combates sangrientos  
asustan al enemigo,  
y al moro le ponen miedo.

A Italia se trasladó,  
del rey por encargo expreso:  
sublevados los dominios  
hubo de mandar refuerzos.  
Y llegó Manuel Martínez;  
como jefe bien experto  
a las pocas horas tiene  
los rebeldes ya deshechos.

VIII

*Traición...*

En la general huída  
que emprendieron, descompues-  
[tos,

distinguióse un revoltoso  
de sangre y lodo cubierto,  
que se presentó a Manuel  
llorando sangre y pidiendo  
clemencia, pues pertenece  
al partido felipeño  
y, está, dice, perseguido  
y maltratado por eso.

—Toda aquella chusma infiel  
me quería llevar preso.

Por eso, señor, te pido,  
pues eres noble y sereno  
que me tomes a tu amparo;  
de otro modo seré muerto.

Se compadece Manuel  
y el otro sigue diciendo:

—Además, vos, capitán  
debéis tener aposento  
digno de vuestro valor.

Yo tengo un patio repleto  
de rosas y de jazmines  
que es un jardín en invierno,  
y en verano es un vergel  
que riegan los arroyuelos,  
mientras sus hojas y flores  
son mecidas por el viento.

A su lado gran palacio  
de vuestro valor sereno  
digno y, yo vos suplico  
que lo aceptéis como vuestro.

Extrañado el capitán  
compadécese al extremo  
de ayudar al que se finge  
desvalido e indefenso,  
y, sencillo como él solo,  
acepta el regalo hecho.  
Ignoraba que detrás  
de aquel gran ofrecimiento  
estaba la hipocresía  
forjando su abatimiento.

Aquel hombre fugitivo  
con los Austrias va de acuerdo,  
y, con los moros, prepara  
un complot allá, en secreto,  
por abatir a Manuel,  
que a todos les pone miedo.



IX

*Y Dios quiso...*

Es el cielo de la Italia  
de luz y vida repleto.  
Son los campos de Cremona  
tras un combate violento.

Las flores de los rosales  
rico aroma despidiendo;  
el murmullo de las hojas  
que azota ligero viento;  
el susurro del arroyo  
que riega el campo severo;  
la placidez del paisaje  
bajo la luna en silencio;  
la brisa que baña el río,  
por las riberas subiendo,  
y envuelve el grave palacio  
y se funde con el cielo...

El disco pálido alumbra  
colgado del ancho cielo  
y la luz derrama abajo  
pintando de amarillento  
el valle verde y azul  
y los montes cenicientos,

que con un gláuco vapor  
están en nubes cubiertos.

Invita a meditación  
todo el ambiente dispuesto...  
Sentado en una azotea  
de la casa, mira al cielo  
que, como su corazón,  
es, sin orillas, inmenso.

En rico sillón se sienta  
guarnecido de oro y flecos  
de seda que, relucientes,  
bajan tocando hasta el suelo.

Rendidas a su costado  
tiene la lanza, el acero,  
la gigantesca coraza  
y la manopla de hierro.

Prendido sobre el respaldo  
del sillón, está el sombrero,  
tocando la espalda airosa  
con amarillo plumero.

Hundida tiene la vista  
en lo infinito del cielo;  
saborea las dulzuras  
que le dejan sus recuerdos...

.....  
.....

Brusco golpe suena abajo.  
Siéntese grave voceo;  
Crujen las puertas cerradas;  
Saltan las llaves de hierro...

—¿Qué ocurre? dice Manuel  
grave furia conteniendo.  
Y el acero al cinto cuelga.  
¿Qué ocurre? dice saliendo.

Soldados: ¡A la batalla!  
¡A la muerte! ¡Traicioneros  
han sido para nosotros!  
¡Centinelas, hagan fuego!

El palacio presenciaba  
avergonzado el encierro  
que al español prepararon  
el homenaje fingiendo.

Silban las balas de plomo  
al hundirse en recios pechos,  
y relucen las espadas  
al tronchar los fuertes cuellos.

Se oye el ¡ay! del moribundo  
con el estertor del muerto.  
Espantaba el griterío,  
se cubre de sangre el suelo:  
La bravura castellana  
tener no puede otro sello.

Mas, quiso Dios, sin embargo,  
que, la victoria obteniendo, <sup>(3)</sup>  
cayera del enemigo  
Manuel en lazo certero...

—¡Virgen Santa! gritó cuando,  
se hubo de dar prisionero,  
a tí debo yo esta espada,  
—dijo lanzándola al cielo—

a tí debo yo esta espada,  
Señora, te la devuelvo.  
Y la espada rasgó el aire  
y en la tierra se fué hundiendo.





X

*En el castillo...*

¡Noche triste para Blanca  
la salida de Manuel!  
¡Noche triste! Juramento  
le prestó de amor a él...  
Mas no ha sido el abandono  
a su palabra. No fué infiel  
al juramento, que es orgullo,  
la soberbia del marqués,  
los prejuicios de la sangre  
quienes le apartan de aquel...

Apoyada en una almena  
de la atalaya, por ver  
ocultar, del horizonte  
trás de las brisas, cruel,  
la vista de su adorado...  
¡Manuel, al desaparecer,  
selló con plomo la vida  
de su amor; el pretender  
que otro ocupe su lugar  
será al amor ofender.  
¿Olvidarlo? No es posible.  
Aunque lo quiera el marqués.

¡Cerrado así el corazón  
ya se puede defender!  
— Vestiré sayal de paño,  
el cilicio me pondré,  
pero nunca a mi palabra  
empeñada faltaré.



XI

*A la guerra...*

Ya la aurora sus fulgores  
va, por oriente, asomando,  
a la vez que blanca luna  
se va en poniente ocultando.

Y ya van los pajarillos  
desde un árbol a otro árbol,  
y se mecen en las ramas  
por la brisa acariciados.

Y las flores que resaltan  
en el verde de los prados  
ya sus pétalos extienden  
a la aurora saludando.

En el castillo, que doran  
del sol los primeros rayos,  
—aún está allí la bandera  
en la atalaya ondeando—  
poco alegría esta mañana  
—la primer alba de mayo—.

Todos, ya, sus habitantes,  
mullido lecho dejando,  
han salido de mañana  
hondamente preocupados.

Sólo Blanca contemplaba  
trás las rejas de su cuarto,  
—allí donde la soberbia  
del marqués la hubo encerrado—  
recubierta del sayal,  
el cilicio soportando,  
los albores mañaneros  
del oriente arrebolado.

No reniega de su amor,  
aunque Manuel es villano,  
ni el cilicio, ni el sayal  
le importan ya para el caso.

Sólo siente de su padre  
hallarse en el desagrado;  
mas triunfará del castigo  
el castigo soportando.

A la Virgen de la Llana,  
—en la sala tiene un cuadro—  
vuelve la vista y le pide  
de rodillas y llorando,  
que aplaque ya de su padre  
los rencores despiadados;  
que la vida no le aparte  
para siempre de su amado.

—¡Virgen santa! Que mi padre,  
las riquezas despreciando,  
sólo aprecie la virtud  
allí donde el cielo santo  
la puso, porque le plugo,  
sin mirar si es un villano

o es un noble el virtuoso;  
¿No basta con ser cristiano?

Y caía desgredada  
a los piés del santo cuadro,  
y a la imagen abrazaba  
y besaba, sollozando.

Mas, de súbito la puerta  
se abre del oscuro cuarto,  
y penetra de gran gala  
el marqués ataviado.

Alza serena la vista  
Blanca y, el rostro tapando,  
mira a su padre:

—¿Porqué  
este cuarto abandonado  
visitar en este día,  
le dice, os habéis dignado?

—Hija mía, no reproches  
nunca a quien el ser te ha dado.  
Vengo a abrazarte, querida.  
Tal vez el último abrazo  
de mi vida será este.

¿Me querrás tan desdichado,  
que me niegues el consuelo  
de arrojarte en estos brazos?  
Aunque sean ya rugosos  
son de un padre que es anciano.  
Reconozco que tal vez  
fui yo contigo tirano...

—Nunca, padre, lo creí yo,

Pienso que sólo engañado...  
—¿Aún me amas, hija mía?  
Aún te quiero, padre anciano.  
—¡Quién pudiera perdonar!  
Me encuentro ya desgraciado.  
¡Tienes ya la libertad  
que yo mismo te he quitado,  
dijo, y, llorando los dos,  
fuertemente se abrazaron.

Penetra en esto Pascual:  
—Señor, dice, ya esperando  
a la puerta están los pajes.  
Y el marqués, que está enjugando  
una lágrima, contesta:

—Ahora, Pascual, ahora marchó.

De nuevo, Blanca, me ciñen  
mis deberes esta espada.  
Otra vez mi lealtad  
el sacrificio demanda.

Bien sabes que los borbones  
han sometido a la España:  
Por sólo sus ambiciones  
pretenden sacrificarla.

Reclama, de nuestra sangre  
el sacrificio, la Patria;  
es preciso defender  
el derecho de los austrias.

—Pero ¿A la guerra vais padre?  
—Así lo exige la santa  
lealtad y el juramento

de hasta la vida entregarla.

—Y ¿abandonas otra vez  
a tu hija y a tu casa?

—Ello es preciso...

—Pues sea,  
si así lo exige su causa.  
Y, aún llorando, se resigna.  
El padre llorando marcha,  
y Blanca, ya en libertad,  
contempla, trás la ventana,  
perderse en el horizonte  
la militar caravana.

--¿A dónde vas, padre mío,  
con tus achaques y canas?  
Mas... ¡Tu valor ya sabrá  
poner tu gloria bien alta!



XI

*La prisión...*

Por los pinares de Soria  
van concentrando su grey,  
los partidos de don Carlos  
por su causa defender.

Descontentos y perjuros  
se unen todos por vencer  
y entregar al archiduque  
el dominio y el poder.

Es combate decisivo  
el que aquí van a tener;  
si no luchan con denuedo,  
al borbón obedecer  
será el único remedio,  
o la vida han de perder;  
privilegios de la sangre  
es preciso sostener.

A la lucha, decididas,  
impulsadas por la fe  
de victoria, van las tropas  
a luchar de frente al rey,  
cuyas fuerzas a lo lejos  
ven violentas descender.



Toma el mando de las tropas  
el enérgico marqués.

La batalla es aguerrida, <sup>(4)</sup>  
mas no logran imponer  
los de Carlos sus designios  
por la fuerza a los del rey.  
Ven del lado de Felipe  
la victoria descender,  
cuando en manos enemigas  
a su jefe preso ven.

Se deshace con su orgullo;  
aún pretende defender  
el afán del archiduque;  
lo aprisionan; el cordel  
oprimiendo las muñecas,  
se ve la sangre correr...

Entre oprobio sumergido  
ve su orgullo perecer.  
Perdón pide, quiere indulto.  
¡Ya no puede merecer!



XI

*Cautiverio...*

Del litoral africano  
en las orillas del mar,  
pretendiendo su figura  
en el agua retratar,  
se levanta Argel moruna  
entre bosques de palmeras;  
entre nubes de naranjos  
do los pájaros gorjean;  
bajo un cielo azul de plata,  
que las nubes no sombrean  
ni oscurecen los vergeles  
que en su torno la rodean.

Sobre prados esmaltados  
de risueñas florecillas  
que sus pétalos extienden  
de un regato en las orillas.

Perfumada del aroma  
que recibe de azahares  
y de flores multiformes,  
que las tiene de mil clases.

Sus risueños edificios  
como el ampo de la nieve

se recortan en el cielo,  
y la humana vista hieren  
a la luz del sol moruno  
gigantesco y meridiano,  
tan ardiente cual ninguno  
de los cielos que miramos.

Abombadas en lo alto  
se destacan las mezquitas  
con sus torres y muezzines  
que a rezar al moro invitan.

Atraviesan la ciudad  
largas calles y estrechitas  
porque pueda caminar  
la gente en sombra continúa.

De vez en cuando, una plaza  
se extiende para mercado,  
donde adquieren comestibles,  
o cautivos, o ganado.

Está el zoco de cautivos  
de la ciudad en el medio;  
le rodean anchos muros  
que salpica a escasos trechos  
la salida de una calle,  
o la mesa de un tendero.

Levantada a pocos piés,  
elevada sobre el suelo  
se veía una tribuna  
donde atrae el repiqueteo  
de pequeña campanilla  
y los gritos de agareno

que da un moro, y en un lado,  
del tablado en el extremo,  
vése un grupo de cristianos  
con cadenas bien sujeto:  
se retrata en su semblante  
el dolor y el sufrimiento.

Y de vez en vez resuena  
el latigazo importuno  
que propina a los cautivos  
aquel salvaje moruno.

Mas el grupo sigue inerte  
en compacto amontonado,  
como ajeno al griterío  
de los moros congregados.

Van volcándose en la plaza  
por las calles que allí abocan  
muchedumbres que, de sangre  
y de muerte deseosas,  
quieren ver a los cautivos  
arrastrar a las mazmorras,  
o arrastrarlos ellas mismas  
ya borrachas de victoria.

Empezada la subasta  
de cristianos, ofrecía  
cada moro qué dinero  
por llevárselos daría  
por esclavos, y vengar  
como hiena enfurecida,  
las derrotas que cristianos  
a los moros infligían.

A Manuel le toca el turno,  
Se adelanta un viejo moro  
cuando avanza en el tablado  
y, mirando de reojo:

—A ese, dice, me le llevo,  
aunque me cueste más oro  
que tiene nuestro Califa  
en las arcas del tesoro...

Y se acerca a la tribuna;  
lanza un grito preguntando:  
—¿En cuánto al cristiano vil  
para su venta han tasado?

—En...

—Nada, lo que me pidan;  
lo quiero para guardarlo,  
dijo mirando a los otros,  
la sonrisa no ocultando.

—¡Por poco dinero llevas  
Majamud, un buen cristiano!  
Así hablaban los demás  
aludiendo al nuevo esclavo.

—Me ha gustado este buen

[mozo;

¡Ya le daré buen recado!  
Y los grillos de Manuel  
con la mano sujetando,  
salen ambos de la plaza,  
y se marchan hacia el campo.  
Delante marcha el cautivo,  
y detrás marcha el tirano,

que enarbola con su diestra  
por el aire un gran bergajo.

¡Pobre Manuel! Va delante  
sin volver atrás la vista,  
con las manos bien atadas,  
la mirada dirigida  
hacia el cielo, donde ve  
a la Virgen que le mira  
y recibe su oración,  
de sus penas condolida.



XII

*Tristeza, melancolía...*

Anochece. Es una tarde  
hacia el final de noviembre  
de luto, como de luto  
el cielo se muestra siempre  
en este mes de difuntos.

Toca a muerto la campana  
con ronco són, de la Iglesia  
y, ya hundido en la lejana  
llanura, oculta su fuerza  
el sol. Moncayo blanquea.

Ténues sombras oscurecen  
la fortaleza dormida  
que se asienta en firme roca,  
—tan firme como la vida  
que al viento se desmorona—.

Desnudo está el horizonte.  
¡Desnudo! La vida muerta!  
No aparece en parte alguna  
un soplo de primavera.  
¡De nuevo el són plañidero  
de la campana campea!

¡De nuevo el campo está mudo!

¡De nuevo la hierba seca!  
¡De nuevo está el horizonte  
metido en capa mugrienta!  
¡De nuevo el huerto florido  
se torna en mustia arboleda!

.....  
.....

\* \* \*

Pronto el cielo se recubre  
de nubes. ¡Nubes plumizas  
que oscurecen el espacio  
cuando la luna no brilla!

Su fulgor argenteado,  
que a la baja tierra envía  
cuando rompe y rasga el velo  
que las nubes le oponían,  
sólo en esta noche triste  
logra, a Blanca hacer más viva  
la tristeza, más profundo  
su dolor; ya no mitiga  
el sufrimiento al pensar  
en el ausente; se aviva  
por el contrario. Su padre  
habrá, en batalla reñida,  
tal vez ganado laureles  
pero el corazón le dicta  
otra cosa, le presagia  
que, en la celada tendida,



habrá el marqués de Almenar  
perdido la honra y la vida.

Sentada así, acogojada  
por viva melancolía,  
Blanca contempla el espacio.  
¡Tan corto le parecía  
que, si supiera volar,  
desde allí se lanzaría  
por su padre rescatar!

Sus ojos se obscurecían.  
Eclipsábanse con lágrimas  
que, a menudo, se vertían  
y se iban a perder  
por la saya enlutecida.

Descompuestos los cabellos  
en extensas celosías  
ocultaban bello rostro  
que está ausente de alegría.

Le atormenta doblemente,  
el dolor de la partida  
a la guerra, de su padre;  
y, no menos, la salida  
del castillo, que Manuel  
hizo, lloroso, aquel día...  
Abajo, trás de la bruma,  
a la luz de mortecina  
lámpara, se ve agitar  
una figura en neblina,  
que avanza en veloz carrera  
para ganar la colina

del castillo. En un brioso  
corcel volando camina  
un guerrero que, escapando  
del combate en loca huída,  
quiere al castillo llevar  
de la derrota noticia.

Y, al fin, llega; su caballo  
supo dar con energía  
el salto desde el pinar  
hasta la sala vacía  
en que el marqués la soberbia  
sólo por norma tenía.

Suena el golpe de la aldaba  
del portón por do entraría,  
y de Blanca en la presencia  
púsose con valentía.

Con ansiedad le escuchaba  
Blanca y, al punto, gemía.  
A penas duras hablaba  
y estos términos decía:

—Ya, señora, su valor  
se acabó en lucha bravía,  
y el buen nombre del marqués  
vuestro padre; la osadía  
de contrarios combatientes  
en las huestes enemigas  
le hizo caer. Ví su sangre  
saltar cuando le oprimían  
con los cordeles la mano.  
¡Mas cayó con valentía!

Su rostro, siempre sereno,  
conservó más aquel día  
aún la serenidad.

Nada alteró bazaría  
tan noble como la suya.

Se rindió. La suerte impía  
nos fué infiel. Se lo llevaron,  
y yo pude la noticia  
fatal hasta vos traer.

También traigo condolida  
una mirada de amor  
de vuestro padre; caía...  
y, en su rostro, fué a decir:  
¡Adiós, mi Blanca querida!

Según ganaba extensión  
el relato, y a medida  
que avanzaba el ayudante,  
Blanca sí se consumía  
en el intenso dolor  
que la devoraba; oía;  
los hechos se le agolpaban  
a la mente; de su vida  
el hilo incierto de siempre  
ahora anudarse quería  
tocando al fin. Desgraciada  
fué desde niña y sería  
ya para siempre infeliz.  
La desgracia presentía,  
pero siempre la esperanza  
es la última perdida...

Sola en el mundo estará  
con las gentes de su villa  
que la idolatran de siempre,  
y, si, locos, le querian  
cuando era feliz, desdichada  
jamás la abandonarían.

Tales reflexiones pasan  
veloces ante su vista,  
pero el dolor que le oprime  
le impide darles cabida.

Llora a su padre, le ve  
no sólo en prisión maldita  
sufriendo ya los horrores  
de la mazmorra. Imagina  
a su padre, condenado  
por tribunal homicida,  
muriendo ya... De la horca  
su cuerpo pender veía..

Y, así, serena también,  
siente y llora, mas no grita,  
que los gritos no atenúan  
sentimiento, nunca alivian.

Se dirige al aposento  
llorosa y entristecida;  
allí cita a los criados  
para tomar, decidida,  
el camino que le indique  
su prudencia conocida.

— Supongo que os habrá dicho  
el lacayo a la salida,

la triste nueva que traje  
de allá para mi desdicha.

Y, ésto dicho, Blanca toma  
un niveo paño y se limpia,  
entre valiente y llorosa,  
una lágrima furtiva.

—Por una prueba difícil  
he de pasar; Dios me envía  
una desgracia tan grande,  
que dudo que de ella viva  
pueda salir, si me falta  
la gran protección divina  
que jamás me faltó. La Virgen  
que vela sobre mi villa  
nunca me negó su amparo,  
ni en desgracia ni en desdicha.

Ella, sin duda, dará  
a mi alma la energía  
que, ante tamaña desgracia,  
para sufrir necesita.

Muerto mi padre, no es  
ésto ya lo que fué en vida  
suya. Yo ya no puedo  
vivir como antes vivía.

Prescindiré de criados  
—la circunstancia me obliga—  
Os despido con dolor  
pues que mi padre os quería  
tan bien; mas ya se perdió  
la fortuna que él tenía.



Y calló Blanca esta noche  
 porque el sentir le oprimía;  
 no dijo más; empezó  
 dando a criados salida;  
 sólo quedó en el palacio  
 Jimena, que serviría  
 de dama suya; el cariño  
 que entre las dos existía  
 pudiera hacer a las dos  
 más llevadera la vida...

.....

\* \* \*

Y no cesa la desgracia;  
 la mañana amanecida,  
 tan pronto el sol, ya naciente,  
 las montañas trasponía,  
 un cortejo bien armado  
 al castillo se aproxima.  
 Sube el jefe y do está Blanca  
 pide a Jimena le diga.

—Subid, señor, que no está,  
 que está rezando en la ermita;  
 como han matado a su padre...

—¡No está muerto!

—Está afligida  
 profundamente, y allí  
 dice a la Virgen sus cuitas.  
 Si quereis que yo le avise  
 puedo hacérselo en seguida.

— ¡Avisadla! dijo fuerte.  
Y bajó la gradería  
Jimena y, por el atajo,  
dirigióse hacia la ermita.  
.....  
.....

Ante el nuevo personaje  
ya está Blanca sumergida.  
— ¿Quién sois vos? le dice atenta.  
— Ya lo sabréis en seguida.  
Pocas palabras, señora;  
el rey, mi dueño, me envía  
que visite este palacio  
y sentencia justa os diga.

Vuestro padre prisionero  
fué de nuestras tropas; iba  
presumiendo de destreza  
de valor y de osadía.

Capitán de rebelión  
le consideró en su día  
el tribunal. Discutieron  
cuál pena le aplicarían.

— Unos la pena de muerte  
por castigo le pedían.

— ¡Qué horror!

— Mas no prosperó  
el castigo que querían...

-- ¿Vive mi padre?

— Sí, vive;  
con el baldón e ignominia

de haber ofendido al rey.  
Perdonáronle la vida.  
Sin embargo, se condena  
en la ya sentencia dicha  
a vuestro padre a perpétua  
prisión, y se le confiscan  
todos sus bienes; salid  
de este palacio; os obliga  
el rey, a quien represento,  
y con la ley os conmina.  
—Y ¿no habrá misericordia  
para esta infeliz?

—No la habrá;  
lo pide así la justicia.  
Salid presto, que las tropas  
a mis órdenes sumisas  
sólo esperan voz de mando.  
El castillo asaltarían  
y, si el caso sucediera,  
no aseguro vuestra vida.  
—¡Ah, Dios mío!

—Salid pronto.  
La sentencia se cumplía.  
Sale Blanca del castillo  
porque todo se confisca;  
hasta ropas y mueblajes,  
hasta enseres de cocina...

.....  
.....

Por las calles de Almenar



a la tarde se veían  
dos siluetas de mujeres;  
se dirigen a la ermita.

Van llorando; quiénes sean  
fácilmente se adivina.  
¡Tiene la imaginación  
de las gentes aún tan viva  
la escena de la mañana...  
Los soldados que venían  
hacia el pueblo y escalaban  
del castillo la colina!...

\* \* \*

Nadie en el pueblo se acuerda  
del lejano y triste día  
en que Blanca, del castillo  
para no volyer salía.  
Con Jimena, que no quiso  
dejarla ya, desvalida,  
en una triste vivienda  
oculta, lóbrega y fría,  
a la vista de las gentes  
como medrosa escondida,  
resignada en su desgracia,  
con dolor se consumía.

Por ganar el necesario  
sustento, de noche y día  
la doncella y la señora  
trabajaban a porfía.

No hay distingos ya de clase;  
la desgracia les unfa;  
las dos juntas trabajaban,  
una por otra vivían.

Y esperaban que llegara  
tras el dolor la alegría.  
Vano esperar pareciera  
a cualquier persona tibia  
de esperanza.

—Y a la Virgen  
nada imposible, decía  
Blanca, cuando sollozaba  
por la desgracia oprimida.

—Por Dios, señora, callad.  
Abandonad fantasías.  
No hagáis caso de triunfar  
cuando estais tan dolorida.

—Si no pretendo alcanzar  
la posición que tenía.  
Nada me importa; quisiera  
solamente ver aún viva  
la persona de Manuel,  
aquel que bien me quería.

¡Ah, padre mío, tu ausencia  
perdona, pero tu hija  
sólo llorar puede hoy  
aquello que tu impedías!...  
¿Te acuerdas, padre? Tu nombre  
hidalgo y caballeroso  
en mezclar no consentía

nuestra sangre y la villana  
de Manuel; ya dolorida  
por amar y por sufrir  
tengo la mente perdida!...

Ya sé, padre, que ignorabas  
lo que aquello que prohibías,  
por prejuicios de tu sangre,  
para Blanca suponía.

Sí, ¿verdad? pero ya ves...  
¡Olvidarme prefería  
de tanta negra desgracia  
como me tiene prendida!  
pero no puedo. Tu nombre  
no quiero ofender; ¡rendida  
a tus plantas, para siempre,  
me tendrás como tu hija!

—Callaos ya, mi señora;  
callaos ya, que partida  
casi el alma me tenéis.  
Yo no sé lo que daría  
por haceros olvidar...

—¡El olvido es la mentira,  
y en mí no cabe mentir;  
que jamás mentí en la vida!

—Dejadlo ya: ¿No podréis  
olvidarlo, dueña mía?  
Y crespón negro, de luto,  
al recuerdo se tendía.

XIII

*Las penas del cautiverio...*

No lejano a la ciudad  
de Argel, y escaso camino  
del mar por do preso vino  
Manuel, extensa heredad  
que es vergel, labor y huerto,  
se ve al fondo en la cañada  
que aparece sombreada  
a la vera de alto cerro.

Va escalando las alturas  
de los cielos el gigante  
luminar, y va delante  
hacia poniente la luna.

Y, danzando, se cimbrean  
de los árboles arriba,  
diminutasavecillas  
saludando al sol que llega.

De sangre se tiñe el bosque  
sobre el verde de las hojas  
que semejan mariposas  
que los árboles recogen.

Destacando entre el follaje  
de los árboles, resaltan

una choza y una casa  
en el hondo de aquel valle.

Es la casa de aquel moro  
Majamud, que allá en la plaza,  
con sonrisas y con danzas  
presumía de su oro.

Rico fuera el moro aquel  
sin igual en aquel reino,  
pero vino el oro a menos  
y se hubo de poner  
a labrar aquel terreno.

Sin embargo, su fortuna  
era en toda la comarca  
desde Argel considerada  
más cuantiosa que ninguna  
—de las muchas que allí había;  
pero el viejo en la pobreza,  
con miseria y estrechez,  
solo en la casa vivía.

Tal tirano y tal morada  
le cupieron a Manuel,  
y su suerte vino a ser  
habitar la vieja cuadra  
donde el moro recogía  
sus aperos de labranza  
y una vaca que tenía.

Entre estiércol, entre mugre  
está tendido en el suelo;  
es aún joven; ¡Presto el velo  
de la desgracia le cubre!

Por un rostro demacrado  
ruedan dos perlas perdidas,  
dos lágrimas conmovidas  
de unos ojos apagados.

Desgreñados los cabellos  
que ayer fueron finas hebras,  
hoy, ya mustios, en la hierba  
se ocultan; aplausos bellos  
no suenan en el oído  
del infeliz que cayó;  
en mil batallas venció,  
pero, al fin, está cautivo.

De los pies a la cabeza  
viste una túnica azul  
que le puso Majamud.  
¡Es buen signo de librea!

En un vivo amanecer  
de verano, encogidito  
por el hambre, pasmadito,  
sin vestido y sin comer...

Muge el buey en el silencio  
del establo, que no turba  
la congoja moribunda  
del que agoniza muriendo.

Chilla la puerta rasada.  
Amarillenta y tristonada,  
penetra desde una alcoba  
una luz amortecida.

Y, portando con su mano  
una rara candileja,

arrugando la entreceja,  
entra en la cuadra el tirano.

Con un turbante moruno  
envuelve la testa calva.  
La rústica puerta salva  
con silueta de infortunio.

Deja sujeto el candil  
en la cabeza de un clavo,  
hunde la vista al esclavo  
que ya se siente morir.

Ostenta puñal agudo  
con la diestra enfurecida;  
espera al fin de la vida  
el infeliz en su apuro.

—Oye, tú, perro cristiano,  
dice airado el musulmán,  
pues que yo te he de matar,  
quiero que sepas, malvado,  
la causa de tu desdicha.

Y con lenguaje conciso  
le relata como aviso  
sus patrañas y mentiras.

El cautivo casi muerto  
con lánguido rostro mira,  
y entrecortado suspira:  
¡Cómo la suerte me ha puesto!

Mira el cuchillo afilado  
sobre su cara brillar,  
y comienza su rezar  
a la Virgen invocando.



Febril imaginación  
contempla, allá, entre neblinas,  
la figura bendecida  
que ha de ser su salvación.

—Cuando era joven y rico  
muchos bienes poseía  
y vivía en la alcazaba  
como siervo del Califa.

Era la moza más bella  
dueña de la vida mía:  
una joven que pareja  
en el mundo no tenía.

Cuando un perro, vil cristiano  
que de esclavo me servía,  
de mi hija enamorado,  
logró pronto seducirla.

Ni valieron los consejos,  
ni mis súplicas oía,  
y, traidora con su fe,  
a Jesús se convertía.

Y—¡yo quisiera borrar  
de la memoria aquel día!—  
con el esclavo escapó  
hacia España en su barquilla.

¡Yo los ví desde la roca  
que allá lejos se divisa!  
Las olas dando a la barca  
en espuma la mecían.

No soporta mi coraje  
los furores de mi ira.



A los dos que os escapais,  
dije, el profeta os maldiga.

Y, de pronto, el viento brama <sup>(5)</sup>  
y las leves olas chillan  
— lentas ondas que ya estaban  
en montañas convertidas. —

Mas yo con gozo miraba  
desde la roca — lamía  
el agua furiosa al pié  
mientras la barca se hundía —.

Me gocé yo con la muerte  
de los dos, pues la quería,  
por vengarme de ese modo,  
que de otro no podía.

Al espíritu de Alá <sup>(6)</sup>  
ofendí; desde aquel día  
se marchó de mí la paz  
del alma y ya no podía  
vivir con tranquilidad;  
el gusano me mordía  
de la conciencia y pasaba  
consumiéndome la vida.

Decidme a ver a un sabio  
que es maestro en la doctrina  
de Mahoma; preguntele  
por mis cuitas, y mi caso  
hasta el fin le confié,  
y él: — Por siempre, repetía,  
gravemente has ofendido  
al Profeta; necesitas

tan grave ofensa borrar,  
y una mancha no se quita  
de otro modo que con sangre  
cuando al Dios va dirigida.

Sangre cristiana produjo  
la culpa, que te redima  
sangre cristiana, si no  
siempre está la falta viva.

Y el reluciente puñal  
en el espacio blandía,  
y al cautivo sacudía  
con el pié golpe mortal.

Desde este mismo momento  
jurarás, para tu vida,  
odio eterno a los cristianos  
como manda tu doctrina.

Presto adquiere por esclavos  
cuantos tu hacienda permita,  
y, alternando con las bestias,  
a Mahoma sacrifica  
aquellos a quien la suerte  
te mande echando pajillas.

Y si la suerte te manda  
dejar cristiano con vida,  
a la bestia matarás;  
pero el cristiano... ¡que sirva  
en tu casa veinte lunas!  
y que la suerte decida  
de nuevo con otra bestia  
para el caso preferida.

¡Quizá de este modo sea  
esa culpa redimida!

Veinte vidas juveniles  
ha tronchado esta cuchilla  
que contemplas en mi mano,  
y hasta que el mago decida  
esta cuadra se verá  
en roja sangre teñida.

Fué la postrera una joven;  
su blanca tez encendida;

¡Cómo, la pobre, lloraba  
al relucir la cuchilla!

Y suspiraba... ¡infeliz!  
pero aquí perdió la vida.

En el arca que allí ves  
de la España fué traída  
en secreto, porque fuera  
a mis dioses ofrecida.

Tú, pues, cristiano te encuen-

[tras

por ahora sin salida;  
mediré la suerte tuya  
con la bestia que te mira.

Y forzaba la voz más;  
el cristiano que le oía  
otra cosa no quería  
que no fuese a Dios rezar.

Airado se baja al suelo  
y, dos pajas desiguales  
levantando, dice: sales

de esta suerte bestia o muerto.  
Las presenta, y el cristiano,  
desnudo brazo estirando,  
saca paja, vacilando,  
con los huesos de la mano.  
—Te salvaste, ruga el moro,  
que la bestia es elegida.  
Tú de bestia servirás,  
pues has quedado con vida.  
Y, tras de breve momento,  
al fuerte golpe cafa  
del puñal el buey; moría  
revolcándose en el suelo.  
Y con esto los hechizos  
que aquel mago disponfa  
por su odio a los cristianos  
otra vez se obedecían.

\* \* \*

*Y así vivió...*

Aunque sólo veinte lunas,  
el cautivo tiene vida,  
pero es ella tan cruel  
que con gusto la daría;  
mas no pierde la esperanza  
de verla pronto perdida;  
triunfará de las cadenas;  
orará de noche y día.

Cuando acábase el relato  
en que el moro refería  
el asunto misterioso,  
el cristiano se reiría,  
si lo hubiese tolerado  
el dolor que le oprimía,  
de los cuentos de aquel moro,  
de sus reglas de doctrina.

Por la puerta por do entrara  
el tirano se retira,  
y el cautivo, sollozando,  
en el estiercol se hundía.

Y pasaban lentamente  
por el bosque largos días.

Y Manuel ya la noción  
hasta del tiempo perdía,  
pues apenas sube el sol  
por las tierras de la Libia,  
a los campos sale uncido  
a labrar, que lo destina  
su señor para el trabajo  
de sus tierras y le obliga  
a tirar de fuerte arado  
bajo el sol entero el día.

La cintura salta en sangre  
por las cuerdas oprimida,  
¡Como le pesa el arado  
en el suelo se rendía!

Arriba el sol africano  
bajo los cielos ardía,

y a los campos arenosos  
como plomo derretía.

El cautivo a paso lento  
en el suelo surco abría;  
la sed le agota el valor;  
¡Ni de agua disponía!

Lejos de allí, entre la arena  
unos árboles se vían  
y, saliendo de sus troncos,  
pura fuente cristalina.

Se dirige presuroso  
al lugar que tanto ansía  
por su sed; pero no bebe...  
¡Desatarse no podía!

Lo ve el moro y allá va  
con la furia contenida;  
lo separa del arado...  
En el agua se metía...

A la sombra de un nogal  
descansó; mientras se iba  
el moro se quedó allí;  
una nube blanquecina  
atravesía y rasga el cielo  
hacia España dirigida.

—Blanca nube nacarada,  
yo mi alma te daría.  
Si la llevas a Almenar  
a la otra Blanca mía...  
Lo acometen los recuerdos;  
él... recordar no quería;

sólo tiene ya en la mente  
las ideas más queridas.  
Una es Blanca del castillo,  
otra la Virgen María.

Cuando la noche en crespones  
negros la tierra encubría,  
el cautivo, del trabajo,  
a la casa se volvía.

Las migajas que sobraban  
a su amo le servían  
para cena, y entre el cieno  
lentamente se dormía.



*Mas no olvidó...*

Ni cuando noche cruel  
en la muerte le sumía;  
ni cuando el sol le abrasaba  
mientras la tierra se abría;  
ni cuando sed de dolor  
sus entrañas consumía,  
desde el oriente al ocaso,  
olvidó su avemaría.

La aprendió de chiquitín  
a la sombra de la ermita  
de la Virgen de la Llana,  
de su madre bendecida.

Siempre la invocó en dolor

cual la invocó en alegría;  
siempre en las aras de allí  
sacrificaba la vida.

-Tú rompiste las cadenas  
del pecado, le diría;  
rompe estas cadenas fuertes  
que me aprisionan, María.

*Recela el moro...*

El moro, ya apercebido  
de las súplicas que hacía:  
-¿Qué dama es esa, Manuel,  
a quien tu llamas María?

Sólo su nombre te escucho  
en mi casa noche y día.

-Esa señora me puede  
libertar.

- ¡Me agradaría  
ver una dama venir  
con semejante osadía!  
¡Espera que te liberte  
esa señora María!

-No necesita venir.  
La voluntad bastaría.  
Si le plugiese a la Virgen  
mis cadenas rompería  
y ni grillos ni candados  
estorbaban, yo saldría  
de tus uñas y, en España,



libertado me vería.

—¿Hay semejante valor?  
¿Puede haber tal valentía?  
Por si acaso, tú has de estar  
encerrado noche y día.

En el arca que, ya viejo,  
bajo el polvo se escondía  
—es el mismo aquel que trajo  
la cristiana— cerrería  
bien la llave, y para estar  
más seguro, dormiría  
él encima del arcón.  
por si algo sucedía.

### *Sueña el moro...*

Una mañana temprano,  
—como que el sol encendía  
su inmensa hoguera gigante—  
—¿Estás ahí, le decía,  
oh cristiano? Triste noche  
la pasada en la alquería.  
¡Qué horror me daba mirar  
las visiones que veía!

Apenas el sueño quiso  
prenderme, ¡cómo sentía  
los alaridos de muerte  
de cristianos que morían!

Quise dormir, mas no pude.  
¡Los cristianos me seguían!

Son aquellos que maté.  
¡Los ví; detrás se venían!  
Me miraban con dolor  
y, al querer hablar, decían...  
¡No lo quise oír! Lloraban.  
El golpe de la cuchilla  
segó de aquella infeliz  
que fué inocente, la vida.

Me enterneció suplicante.  
De dolor, a mí la vista  
lanzaba, amenazadora...  
¡No pude más! Pero el día  
puso fin a la congoja.  
Te suplico que a María,  
esa Virgen de que hablas,  
no la invoques. ¡Bien serían  
esas súplicas que haces  
de la Virgen atendidas!

El cautivo ya lloraba;  
Si la Virgen le atendía...  
El no sabe cuando allí  
estas cosas sucedían;  
Es el viernes anterior  
a Pentecostés; tenía  
ya perdida la noción  
de los meses, no sabía...

Otra noche pasó ya;  
—la del sábado sería—  
Sigue el tormento del moro  
amontonando su ira.

En el arca pega un golpe  
diciendo: Cristiano, mira,  
seguro estoy de que tú,  
al invocar a María,  
me preparas estas noches  
de tormento; te diría  
que murieses ahora mismo.  
No la ira contendría,  
Pero quiero convencerme  
más del hecho todavía...

Si esta noche, cual supongo,  
por tu culpa no concilia  
mi descanso el sueño ansiado  
y, tras de hacerme vigilia  
toda la noche, atormentas  
con visiones, fantasías  
y otros medios de arrebato  
que en tí engendra la malicia, (7)  
mi calenturienta mente,  
nada te salva la vida.

Sin apenas conversar  
se pasaron aquel día.  
Llegó la noche y cerró  
al cautivo. ¡Apretaría  
con más furia los candados!  
Pone su cama tendida  
sobre el arca, como siempre,  
prevenido, hacer solía...

Jamás de su cautiverio  
vió tan alegre la vida.

No se sabe qué emoción  
fuerte, dulce, le envolvía.

Brillaba en la palidez  
de su rostro la alegría  
que no sabe qué será,  
pero le tiene prendida  
el alma toda; está bien,  
sin saber a quien debía  
ese dulce bienestar.

Pero ¿a quién le atribuiría  
esa dulce placidez

que, para siempre, perdida  
juzgó, cautivo, Manuel?

¿Quién será si no María?

—¡Oyeme madre. No quieras  
mi oración desatendida  
dejar sin favorecerme!

Y rezó su avemaría  
de costumbre.

Ronca el moro  
dormido, y en la alquería,  
nada el nocturno silencio,  
atrevido, turbaría.

Sólo se siente el roncar  
del moro con la oprimida  
respiración del cautivo,  
que, cerrado, no dormía.

Por momentos se acrecienta  
la extraña y fuerte alegría.  
Sube de punto gigante...

¡Cautiverio no sentía  
ya Manuel, desde presente  
lo que aquello significa!

— ¡Un milagro de la Virgen  
de la Llana! ¡Ya fué oída  
mi oración hecha ferviente!  
Por mis lágrimas vertidas,  
más por su misericordia,  
tiernamente conmovida  
fué la Virgen, como madre  
que a sus hijos nunca olvida.

— Mas ¿qué será? No lo sé...  
Yo lo ignoro todavía,  
pero ya mi libertad  
vislumbro. ¡Patria querida!

Y besaba la medalla  
que del cuello le pendía;  
y a su pecho la apretaba,  
y una lágrima corría...



XIV

*La última súplica...*

Hacia ocaso lentamente  
va la tarde descendiendo,  
y, entre nubes de opalina,  
lentamente se va hundiendo  
el gigante luminar,  
en áurea franja tiñendo  
los picos de las montañas,  
los árboles del sendero,  
mientras el pueblo y la ermita  
vânse en tinieblas sumiendo.

Un murmullo va hasta el cielo  
como en nieblas ascendiendo:  
es rumor de grande fiesta  
que celebran en el pueblo.

Conmemoran los cristianos  
el grandioso advenimiento  
del espíritu divino  
que a la Iglesia mandó el cielo.

En los prados que rodean  
de la Ermita el sacro cerco  
se divierten aldeanos  
y muchachos, jovenzuelos

que aún no tienen de la vida  
dolorosa los recuerdos.

Ronco son de tamboriles,  
de atabales, de panderos,  
y de pitos y de flautas  
y de mozos el voceo...

Tras los olmos rumorosos,  
por do fueran más espesos,  
iba Blanca, enlutecida,  
a la Ermita dirigiendo  
los pasos, el corazón,  
el ser suyo, todo entero.

Sólo espera de la Virgen  
a su desgracia remedio.  
Cada vez es su esperanza  
más segura en lo del cielo.

No va triste; las miradas  
van a ella convergiendo.  
¿La reprochan la salida  
de su casa, en este tiempo,  
cuando suenan los tambores  
y retumban los panderos  
invitando a baile alegre  
so la bóveda del cielo?

¿O la miran, sus sentires  
nunca ocultos pretendiendo  
con dolor compadecer?  
Es difícil el saberlo.

Ella marcha decidida  
como nunca. ¿Va tejiendo

nuevamente de su vida  
el vaivén que fuera incierto,  
pero que ya para siempre  
quisiera tornarse cuerdo?  
Es que rebosa su alma  
alegría, nuevo aliento  
que le incita a suplicar  
y le dice: Vano intento  
tu oración no puede ser.  
No hay nadie sordo en el cielo.

Y atrás deja el regocijo  
bajo el cielo azul sereno,  
cuando salta de la ermita  
el umbral, con paso cierto.

¡Qué silencio tan profundo  
en la paz del santo templo!  
En tinieblas todo mudo:  
Una lámpara en el centro,  
ténuemente iluminando  
en su torno escaso cerco.  
deja ver a media luz  
un de pino banco viejo,  
y en el frente, de la Virgen  
vése el semblante sereno,  
de piedad y de clemencia  
al mundo los ojos vueltos.

Siéntase Blanca a la vez  
que la campana, tañendo,  
desde la torre le pide  
que eleve oración al cielo.



Váse luego aproximando  
cada vez más hacia dentro,  
y, debajo de la Virgen,  
a su rezo da comienzo.

Es la súplica de siempre;  
es de siempre el mismo rezo;  
insistiendo una vez más,  
siempre insistiendo, insistiendo.

Recostada en la baranda  
del altar, está gimiendo...  
Y la Virgen desde el trono  
sus plegarias atendiendo...

Van pasando avemarías  
al final de padrenuestros;  
se termina el rosario  
el devoto y santo rezo.

Y el insistente placer  
que, al venir, iba sintiendo  
sin saber por qué, se aumenta...

El corazón es ya estrecho  
para encerrar tanta dicha  
como le está presintiendo.  
Parécele que la Virgen  
la escucha de más intento;

Parécele que del niño  
llamando al sagrado pecho,  
que le conceda favor  
a Blanca, le está pidiendo.

Ya no es la melancolía  
que el corazón tiene preso;



A manadas saltan chispas  
de las nubes hasta el suelo.  
Los relámpagos alumbran  
en constante zigzaguo  
resaltando por las nubes  
en incierto serpenteo.  
Crujen álamos que caen  
arrancados por el viento.

Bajo nubes infernales  
que van el cielo corriendo,  
está el pueblo de Almenar  
entre tinieblas durmiendo.

De repente arrecian más  
y con más fuerza los vientos,  
pareciendo que del mundo  
bambolean los cimientos.

Despierta Blanca asustada  
sintiendo pavor y miedo,  
—¡Virgen santa, protegedme!  
¡Salvadme ya!

¡Santo cielo!

Se desatan las campanas;  
lanzan sus gritos al viento;  
Las campanas de la Ermita;  
las campanas de Buberos,  
repican cuando la fuerza  
humana no puede hacerlo.  
De la Ermita puertas viejas  
se abren solas por entero  
y dan paso a un arca rota <sup>(3)</sup>



y a un cristiano que va dentro.

Y, asustado, viene encima  
el tirano; viene muerto  
de vergüenza y, tembloroso,  
ya no puede tanto miedo  
como tiene soportar.

¡No contaba con el cielo!

La tormenta se termina  
de repente; calla el viento  
dominado por la mano  
del señor del firmamento.

Mas el arca misteriosa  
de la Iglesia está en el centro.  
Blanca duda de sus ojos  
porque ignora lo que viendo  
están...

Y ruge la tapa  
levantada desde dentro,  
y se asoma, de cadenas  
y de grillos bien sujeto,  
un hombre de joven rostro  
en vieja túnica envuelto;  
lleva en la cara, indeleble,  
la huella del sufrimiento.

Fantasías le parecen  
a Blanca, visión o espectro;  
sin embargo, no el temor  
ni la tristeza, ni el miedo  
le atribulan, ya no quiere  
otra cosa que entenderlo.

¿Puede dudar que milagro  
es, de la Virgen aquello?

Rechinando, las cadenas  
desatándose, cayeron,  
y el extraño, de cautivo  
por milagro fué liberto.

Hacia el trono de la Virgen  
vuelve la vista, sereno,  
y dos lágrimas que ruedan  
su mejilla humedecieron...

Sorprendidos los vecinos  
por los toques a este tiempo;  
suponiendo que desgracia  
la tormenta hubiera hecho,  
se dirigen a la Iglesia,  
y a la torre van subiendo  
cuando baja el sacristán  
que les dice:

— Yo no entiendo  
lo que pasa aquí esta noche.  
En la torre a nadie veo.

Por el prado, hasta la ermita  
presuroso marcha el pueblo  
un milagro de la Virgen  
en el acto suponiendo.

Ven también los campanillos  
que en la torre están tañendo  
sin que nadie los impulse  
y se dice:

— Pues ¿qué es ésto?

Pero, sorpresa, que allí  
sale a su encuentro el santero  
—¡Milagro, dice gritando,  
que nuestra Virgen ha hecho!

Era al pie de amanecer,  
cuando yo estaba ya muerto  
de miedo ante la furiosa  
tormenta y el aguacero,  
cuando ví, tras mi ventana,  
entre gran relampagueo,  
una mancha que venía  
por los aires en suspenso,  
y sentía de las torres  
el vibrante campaneó...

Del milagro sólo se  
lo que contaros no puedo,  
que, para bien expresarlo,  
palabra justa no encuentro.  
¡Pasad, pasad a la Ermita,  
y podréis más pronto verlo!

Y ponía tal amor,  
tal devoción, tal acento  
en su relato, que embarga  
la emoción a todo el pueblo.

Y pasaron a la Ermita  
y, en el medio el arca viendo,  
comprendieron el milagro  
a Manuel reconociendo  
por instinto; de otro modo  
imposible fuera hacerlo

porque ostenta de los años  
en su rostro el duro sello,  
que desgracias y torturas  
tal carácter le han impreso...  
¡Milagro! gritan a coro.  
Y Blanca, que lo está viendo,  
al oír de su Manuel,  
doloridos, los acentos,  
no se puede contener,  
¡desmayada cae al suelo!  
Cuando el público levanta  
e incorpora el débil cuerpo,  
ya Manuel está delante.

La conoce en el momento...

—¡Ah, mi Blanca, estamos ya  
juntos bajo el mismo techo.

¡Fué la Virgen de la Llana  
quien me trajo por el viento!

Vamos juntos al altar  
de María. ¡No lloremos!  
Vamos allá, por de hinojos  
ante la Virgen cayendo,  
darle gracias.

Pero el pueblo,  
conmovido, y deseoso  
de saber todo el suceso,  
impaciente se mostraba,  
y de aplausos, vitoreos  
y clamores a la Virgen  
atronaba todo el templo,

mas, alzándose, Manuel  
con voz humilde: —¡Silencio!  
Caigamos ante María  
de rodillas, que de eso  
son propicias estas horas,  
dijo, y, por dar el ejemplo,  
en las gradas del altar  
de rodillas se cayeron  
Blanca y él y el señor cura,  
y las notas del Te Deum,  
melodiosas y sinceras,  
hasta el trono del eterno  
van rasgando los espacios  
del empíreo en raudo vuelo.





XV

*La mazmorra...*

Del oscuro firmamento  
la cortina se deshace  
y, en el fondo de los cielos,  
aparece luz gigante.

Se ilumina el ancho mar  
do, furiosas, se debaten  
negras olas que se estrellan  
y la brava costa lamen.

Se levanta ingente mole  
que en el mar tiene la base:  
fuerte roca en donde muere,  
la impetud del oleaje.

En la cima de la isla,  
simulando coronarle,  
las almenas de una torre,  
pues es el firme baluarte  
defensor de la Coruña (9)  
por la puerta de los mares;  
allá lejos la ciudad  
en el mar quiere mirarse.

~~El castillo, secular~~  
El castillo, secular

ya cien veces, que hoy es cárcel  
es la vieja fortaleza  
que fenicios levantaren.

En el sótano encerrado,  
en donde la luz más falte,  
por justicia condenado,  
en prisión está un magnate.

Es de España grande hombre;  
él marqués da en titularse  
de Almenar y, resignado,  
cuanto la suerte le abate  
soportó, sin que jamás  
de sus penas se quejase,  
aunque, a veces, lo sintieran  
de los suyos acordarse.  
Lleva impresas en su cuerpo  
de la muerte las señales,  
porque el hambre y la miseria  
han domado ya sus carnes.

La humedad de la mazmorra  
por las rocas al filtrarse;  
las cadenas que le oprimen  
por sus miembros sujetarle;  
la oscuridad, — no penetran  
en la mazmorra ni el aire,  
ni la luz, — han hecho enfermo  
aquel jefe de indomable  
valentía y corazón  
más soberbio que se halle.

El dolor, la lobreguez

y la muerte: tiempo hace  
que esto sólo le acompaña.  
En ello vino a trocarse  
la soberbia y el orgullo  
y el valor de aquel magnate  
que a Manuel echó, violento  
del castillo aquella tarde.....

Qué comer le proporcionan  
cada día por la tarde,  
cuando crujen los cerrojos  
de las puertas que se abren.  
y penetra un carcelero  
con cincuenta viejas llaves  
en su cinto suspendidas,  
y una lámpara que arde  
ahuyentando escaso tiempo  
lobreguez de aquel paraje.

Descendiendo, se le acerca;  
la comida llega a darle  
con trabajo en la escalera  
evitando hasta mirarle.

Y el marqués, que, tiritando,  
le miraba suplicante,  
suspirando, se recoge  
en el fondo hasta la tarde  
de otro día en que la luz  
sus pupilas deslumbrase.

En el crudo suelo duerme,  
y una piedra dura vale  
para almohada; se recubre

con su túnica de cárcel.

De la cueva en un extremo  
y por sólo recordarles  
y mirarles a menudo  
y con ello deleitarse,  
de Dios, de Manuel y Blanca  
las palabras venerables  
tiene escritas en la roca.

Con carbones, al trazarles,  
se le ensancha el corazón,  
y lo mismo al pronunciarles.  
— ¡Para siempre estoy aquí!,  
piensa. No tengo rescate.

Mas consigue el sufrimiento  
y el dolor lo que no hacen  
las razones de la gente  
aunque sean estimables.

El marqués, que de su Blanca  
jamás pudiera olvidarse,  
de aquel mozo noble y bueno  
sin querer pudo acordarse.

Y se acordó. Y lo querría  
ver ahora y agradecerle  
con la mano de su hija  
y el castillo regalarle.

— ¿Qué fué de él? Lo ignoraba.  
¿A dónde pudo marcharse  
cuando, echado del castillo,  
no pudiera refugiarse...?

.....

XVI

*Una mañana...*

Alumbraba el sol más claro  
el ventano de la cárcel.

El marqués, ya procurando  
de su glorias olvidarse,  
se asentaba en dura piedra;  
y bajaba de la calle  
un murmullo extraordinario.

Las espadas y los sables,  
y pisadas de caballos  
que, al castillo al acercarse,  
eran síntomas de vida  
de que, mucho tiempo hace,  
el marqués ya no gozaba,  
sumergido, y asomarse  
pretendió por la hendidura  
y observar lo que pasase.

Mas no pudo y se cayó;  
por la roca, al deslizarse,  
se quedaron adheridas  
unas manchas de su sangre.

.....  
.....

Pero suenan de la puerta  
los cerrojos y la llave,  
y penetra extraña gente  
en la gruta:

—¡Ay, mi padre!  
dicen gritos femeninos  
en el fondo al divisarle.  
—Juraría que mi Blanca  
viene hoy a visitarme.  
Pero, ¿cómo puede ser?  
Yo no puedo imaginarme...

.....  
.....

Señoril, un caballero  
de ancha espalda y regio talle  
se dirige al prisionero:

—Con salud, señor os halle, <sup>(10)</sup>  
—¡Pobre de mí! le contesta;  
yo no soy señor de nadie.  
¡Perdonadme! No turbéis  
el silencio de mi cárcel.  
—¿Lleváis mucho tiempo aquí?  
—He perdido ya el detalle.  
—Pero pronto cumpliréis  
vuestra condena.  
—Sacarme  
de este sitio es imposible.  
—¡Puede ser que el rey lo  
[mande!  
—Ofendí a su majestad

gravemente y perdonarme  
fuera en él mucha locura:  
¡Para mí ya no hay rescate!

—Me contaron que sois vos  
un marqués, que propiedades  
inmensas os confiscaron  
las sentencias judiciales...

--No el recuerdo de la gloria  
de mi vida y de mis males  
me traigais a la memoria.  
Que los olvide dejadme.

—Es que estoy interesado  
mi señor, para salvarte.  
Pero... ya... te lo diré:  
Tú abandonas esta cárcel  
ahora mismo. Yo te saco...

—Ya no estimo vuestros planes  
si no sólo por mentira,  
que otra vez vino a sacarme  
un presunto carcelero  
y era sólo por burlarse.  
A empellones me tiró  
otra vez aunque a salvarme  
me contaba que venía.

—Eso es propio de cobardes.  
Vamos juntos para arriba:  
pero voy a suplicarte  
una cosa en condición:  
quiero, en premio por salvarte,  
que la mano de tu hija

te decidas a otorgarme.

—Caballero, no es posible,  
que mi hija es todo un angel  
y es a un santo a quien la debo...

—¿Y prefieres no salvarte?

—No; la mano de mi hija  
sólo puedo yo otorgarle  
a Manuel, dice mirando  
hacia el cielo, suplicante.

—Pues la pido para él...

—¡Sacadle pronto a mi padre!  
grita fuerte fina voz  
que es de Blanca y a abrazarle  
va corriendo presurosa;  
y Manuel, a quien le late  
con más fuerza el corazón,  
al marqués, por estrecharle,  
le ha cogido entre sus manos  
la cabeza venerable.

Y se funden en un grupo  
los dos hijos y aquel padre.

.....  
.....

—Yo soy Manuel, señor mío.  
aquel a quien tú arrojaste,  
tan furioso, de tu casa.  
Te perdono y a salvarte  
he venido solo aquí.

Alcancé del rey librate  
de las penas de prisión,



y tus bienes retornarte.  
Lo sabrás todo, señor,  
pues que nada he de ocultarte.  
Del asombro y extrañeza  
tienes presto que librarte.  
Por de pronto, marcharemos  
al castillo hacia la tarde...

.....  
.....



XVII

*El final...*

De los campos de Almenar  
por las tierras onduladas  
van las gentes afluyendo  
a la Ermita comarcana.

Como nunca, está la Virgen  
en su trono, soberana,  
entre pétalos de flores  
que hasta el suelo se derraman.

Son sus ojos dos estrellas  
diamantinas que resaltan  
deslumbrando con su brillo  
cual lucero de mañana.

Repicaban en la torre  
a gran fiesta las campanas  
y estampidos de cohetes  
en los aires retumbaban.

Y del órgano los gritos,  
y las músicas lejanas,  
y el sonoro bailoteo,  
y los ritmos de la danza  
celebraban a la puerta  
de la Ermita la llegada

de los novios. En la torre  
del castillo ya ondeaba  
otra vez el pabellón  
del marqués, y en la muralla  
se ven gentes campesinas  
que a los novios aclamaban.

Sólo júbilo y contento  
todo el pueblo respiraba  
y, devotos, de la Virgen  
el retrato o la medalla  
entre besos de emoción  
a sus pechos estrechaban.

Y de Dios la bendición  
desde el cielo le llegaba  
al cristiano matrimonio <sup>(11)</sup>  
que en la Ermita se formaba.

Serán siempre ya felices,  
casados, Manuel y Blanca,  
y el marqués tendrá en su hijo  
el apoyo de sus canas.

Y después el mundo entero  
fervorosamente aclama  
por LA GRAN LIBERTADORA  
a la Virgen de la Llana.

A. TOMAS DEL OSO

Esteras de Soria, mayo 1936.

## NOTAS

(1) Sobre los padres del cautivo, así como sobre los detalles de la leyenda, que en el fondo es la misma, he encontrado distintas versiones. El señor Martínez Liso le hace hijo de don Juan Martínez Marrón y de doña Isabel Contreras, vecinos de Peroniel. El manuscrito que tengo a la vista, llama a su padre Pedro Martínez y no menciona a su madre que debió morir al nacer el cautivo. Tomo esta versión por haber encontrado en el dicho manuscrito absoluta exactitud histórica en cuanto se refiere a los grandes hechos con que aparece relacionado este asunto. Sin embargo, he de hacer constar que me he limitado a recoger la tradición sin haber intentado ninguna clase de investigación histórica.

(2) La versión que he tomado encuadra los hechos del modo siguiente: nacimiento del cautivo, 1676; muerte de su padre, 1680 poco más o menos; batalla de Cremona «de acuerdo con la Historia», 1702; liberación 1704. Repito que estos datos no han sido objeto de investigación por mi parte. He recogido la creación popular tal como el pueblo la forjó en torno a un hecho que, aunque haya sido exagerado, tiene testimonios de un fondo verosímil por lo menos.

(3) La tradición asegura haber ganado los

soldados de Manuel la batalla, sin poder impedir que su jefe cayera en manos enemigas. La historia afirma que con la misma fecha los austriacos se apoderaron de Cremona lugar de la refriega. Ignoro si la leyenda y la Historia relatan en este caso un mismo suceso.

(4) Ignoro a qué batalla puede referirse en este punto la leyenda. Me inclino a suponer que fuera una ligera escaramuza que la tradición exageró dándole dimensiones de un gran combate.

(5) Facilmente se comprende que la tormenta a que alude sólo pudo ser producida por causas naturales y, en todo caso, por intervención divina. De ningún modo cumpliéndose la maldición del moro.

(6) ¿En qué pudo consistir la ofensa del moro a su Dios? ¿No sería más bien un estado psicológico especial, producido en él por la muerte trágica de su hija, lo que le originara esa intranquilidad que le dominaba? Pero el mago se aprovechó de él, haciéndole el instrumento ejecutor de su odio a los cristianos. Hacemos estas observaciones para el caso de una posible investigación histórica.

(7) El tirano, tan supersticioso que puso en práctica el consejo del mago, al que sólo pudo dar crédito en el colmo de la superchería, sólo hechizos podía entender en los rezos del cautivo. No le cabía en la mente la intervención divina en el concepto cristiano.

(8) Aún se conserva el arca en que, según la leyenda, vino Manuel transportado por los aires milagrosamente, y en la que la cristiana asesina-

da por aquel salvaje fué llevada de España a Argel para dar cumplimiento a aquellos bárbaros planes. De ella penden las cadenas y los grillos que sujetaron al cautivo.

El momento de la llegada está revestido en la mente popular de toda la grandeza y solemnidad con que la naturaleza podía contemplar el espectáculo.

En la puerta del sagrario de la ermita aparece la escena en un relieve policromado. Una arca entre nubes, transportada por ángeles, dentro del cual se ve al cristiano y, sobre el arca, al tirano musulmán.

Dícese que las primeras campanas en tocar a rebato fueron las de Buberos, pueblo por el que había de pasar el arcón en su viaje, y que el moro dijo al cristiano aludiendo a las campanas: —¿Hay chincharras en tu tierra?— Sí; le contesta. —Pues entonces tú eres el amo y yo tu criado.»

Avergonzado el tirano, convertido al cristianismo por el párroco de Almenar, no se tienen más noticias de él, aunque algunos aseguran que vivió en el pueblo algún tiempo.

(9) Alude a la fortaleza de San Antón, en La Coruña.

(10) Apenas pasados los primeros momentos de estupor, subsiguientes al milagro, Manuel visitó a Blanca y Jimena en su humilde casa. Enterado de todo, rodeado de una aureola poco menos que de santidad, se presentó al rey, quien muy reconocido a sus anteriores servicios le colmó de nuevos bienes y honores y le concedió la libertad del marqués y la devolución de sus riquezas.

(11) Coloca la leyenda el casamiento de sus protagonistas al año justo de la liberación de Manuel, es decir, el lunes de Pentecostés del año 1705 siguiendo nuestra cronología. No es raro se tomasen tan largo plazo para las gestiones conocidas, pues por otra parte casi sería insuficiente, teniendo en cuenta el estado de las comunicaciones en aquel tiempo.

A través de ese año, los vecinos de Peroniel celebran una fiesta anual, el segundo día de la Pascua dicha, en la ermita de Almenar, trasladándose en procesión a través de los campos y celebrando, al final, la misa el cura de Peroniel. Es sobremanera emocionante el acto del recibimiento, en que el sacerdote de Almenar coloca los ornamentos en hombros de su compañero de Peroniel, o aquel otro, a la despedida, en que el de Peroniel se los devuelve. Y aún más emocionante debía ser, no hace mucho tiempo, el traspaso de poderes civiles, cuando aquel día, cambiaban de jurisdicción los dos municipios ejerciéndola las autoridades de Almenar en Peroniel y viceversa. Y ¡qué duda cabe que sería aún más simpático aquel refresco que tomaban en amplia paz cristiana y española los vecinos de los dos pueblos en las dependencias del santuario! Dios no quiera que tan laudables tradiciones se pierdan en el río del olvido.

¡Que la fiesta del cautivo, sorianos, recuerde a través de las generaciones los portentos que es capaz de hacer vuestra madre, la Virgen de la Llana! Conservádsela a vuestros hijos, como vuestros padres os la transmitieron a vosotros!

# INDICE

|                               | <u>Página</u> |
|-------------------------------|---------------|
| Dedicatoria.....              | 3             |
| Huérfano.....                 | 7             |
| Amor.....                     | 17            |
| Y se deshace el idilio.....   | 23            |
| Solo, marchando.....          | 28            |
| A suerte o a dicha.....       | 32            |
| La última victoria.....       | 38            |
| Traición.....                 | 39            |
| Y Dios quiso.....             | 41            |
| En el castillo.....           | 45            |
| A la guerra.....              | 47            |
| La prisión.....               | 52            |
| Cautiverio.....               | 54            |
| Tristeza, melancolía.....     | 59            |
| Las penas del cautiverio..... | 72            |
| Y así vivió.....              | 80            |
| Recela el moro.....           | 84            |
| Sueña el moro.....            | 85            |
| La última súplica.....        | 90            |
| La mazmorra.....              | 101           |
| Una mañana.....               | 105           |
| El final.....                 | 110           |
| Notas.....                    | 112           |











SS

160-

TON

gra